

MANOLO.—(Rápido.) Uno de los rusos cineastas más notables.

MARI.—¿Y Mari Jol?

MANOLO.—La que luce los más caros desnudos. Tiene treinta años, se ha divorciado siete veces y dice que hasta los cuarenta no se piensa casar en serio.

MARI.—¡Bravo!

MANOLO.—En esa repisa hay gente nueva.

MARI.—¿Lo has advertido?

MANOLO.—No pierdo un detalle. Veo en el puesto de Harold a Douglas Fairbanks, y en el de Menjou a la encantadora Mari Glory. Pero el personaje central de tu colección de artistas sigue ocupando el mismo sitio.

MARI.—Sí, señor; el lugar preferente.

MANOLO.—¡Dichoso tú, Roberto Mendibel! (*Cogiendo el retrato y contemplándole, según va diciendo.*) ; En qué buena hora se te ocurrió presentarte en la pantalla del cine de Montilla! ¡No sabes tú el poder de seducción que tiene para unos ojos provincianos un uniforme ridículo que se mueve al compás de una música cursi!...

MARI.—¡Manolo!

MANOLO.—No te maldigo porque sé que te adora.

MARI.—Bien.

MANOLO.—No te reduzco a pedacitos porque sería capaz de abortecerte.

MARI.—No tanto.

MANOLO.—No tengo más remedio que guardarte las debidas consideraciones y tragar saliva porque así me lo ordena con la mirada quien tiene autoridad para ello.

MARI.—Muy galante.

MANOLO.—A tu puesto, Roberto Mendibel! Allá películas, y beso a usted la mano. Me parece que más cordialidad...

MARI.—(Abrazándole.) ; Sinvergonzón!

MANOLO.—¡Chalafilla!

MARI.—Si tus ironías no me ofenden.

MANOLO.—¿Estás convencida de mi lealtad?

MARI.—Convencida y encantada de mi compañero de la niñez.

MANOLO.—¡Ay! Un compañero a quien ya no besas como entonces.

MARI.—¡Hijo mío, estaría bueno!

MANOLO.—Claro que estaría bueno!

MARI.—Hay dos razones para que eso no pueda ser.

MANOLO.—¿Cuál es la otra?

MARI.—Que te llenaría de pintura y podría encelarse alguien.

MANOLO.—No; afortunadamente, no.

MARI.—O desgraciadamente.